

encontramos cuanto necesitan el entendimiento y el corazón, cuanto reclaman para ser felices el individuo, la familia y la sociedad. Cuanto más ahondemos en su conocimiento, tanto más adelantaremos en el camino del bien y de la vida, porque si conocer á Jesucristo es la vida eterna, tanto más tendremos de esta vida, cuanto más le conozcamos, hasta que llegemos á poseerla en toda su plenitud, viéndole y conociéndole como es en sí, hechos semejantes á Dios en la gloria (1).

Dichoso quien tiene esta ciencia celestial, testimonio fiel de Dios, que da sabiduría á los pequeños, y enseña la rectitud de la justicia que alegra el corazón. El que llega á poseerla, la prefiere al oro y á las piedras preciosas (2), y juzga como nada en su comparación todos los tesoros de la tierra (3). La saborea, porque es mas dulce que la miel y el panal (4); y como San Pablo, reputa todas las cosas por heno y miseria, y las ganancias y grandezas del mundo por pérdidas y ruindad, á trueque de esta ciencia del conocimiento de Jesucristo (5), que dilata hasta el infinito el horizonte de la inteligencia, eleva hasta Dios las aspiraciones del corazón, y despojando al hombre del viejo Adán, le viste del nuevo, que es criado según Dios en santidad y en justicia (6), y le hace feliz temporal y eternamente, acercándole, uniéndole á Dios, y abismándole para siempre en el Océano de su infinito amor.

Pero ¡ay, hermanos! Esta ciencia, que cambió la faz de la tierra y regeneró al mundo; esta ciencia, que formó

(1) I Joann. III, 2.

(2) Psalm. XVIII, 8.

(3) Sap. VII, 8.

(4) Eccli. XXIV, 27.

(5) Philip. III, 8.

(6) Colos. III, 9.

esos sábios y esos santos que admiran los siglos, esta ciencia que mejoró las leyes, suavizó las costumbres, levantó de su abyección á la mujer y al pobre, é inoculó sávia vital en todas las instituciones, sobreponiéndose á todos los obstáculos, y dejando atrás los dorados sueños de los poetas y los filósofos antiguos; esa ciencia, en fin, tan necesaria al cristiano, que sin ella se confunde con el pagano, y no puede aspirar al término, que es su unión con Jesucristo y la participación de su gloria, ¿la poseen todos? ¿Es estimada, buscada, cultivada por todos? Preciso es confesarlo: Jesucristo es ignorado de gran número de cristianos, y este es el origen de los males que lamenta la edad moderna.

SEGUNDA PARTE.

Conocer á Jesucristo, hemos dicho antes, es tener idea exacta de su persona, de su divinidad, de su misión, de su espíritu, de su doctrina, de su santidad y de su amor, deduciendo de ello las consecuencias prácticas acerca de los deberes de respeto, de gratitud, de sumisión, de imitación y de amor que de aquella idea nacen, para vivir de su espíritu, reflejarle en nosotros, manifestar en nuestra carne su misma vida (1), y hacerle aparecer en la sociedad de los hombres, á fin de que se vea realizada la gran misión que recibió del Padre, de restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (2).

(1) II Cor. IV, 11.

(2) Ephes. I, 10.

Tal es en sí misma y en su objeto esta ciencia, que en tanto es fecunda, en cuanto es ciencia, no de mera especulación del entendimiento, sino de aplicación á las acciones, á la vida individual y social.

¿Y quién duda, Señores, que así considerada esta ciencia, es ignorada de la mayor parte de los hombres? Figura es de Jesucristo, dice San Bernardo (1) con San Hilario y otros Santos Padres (2), el libro misterioso que vió San Juan en el Apocalipsis, escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos (3); porque Jesucristo es Dios y es hombre, y por lo mismo es un misterio, dice San Pablo, el gran misterio de Dios Padre escondido en su seno antes de los siglos y generaciones (4). Solo el Cordero que fué muerto, el mismo Jesucristo, puede abrir este libro y descifrarlo al hombre, rompiendo los sellos que ocultan su escritura interior y misteriosa (5). Este libro, en fin, el mismo que vió Ezequiel, solo de mano de Dios lo recibe el hombre (6).

Es decir, hermanos míos, que el estudio de esta ciencia tiene su principio en la fe, en la sumisión del entendimiento á la palabra de la revelación y á la autoridad infalible de la Iglesia, que es su depositaria y su maestra, como columna y firmamento de la verdad (7). Y la revelación, y la Iglesia, ¿qué reciben de los hom-

(1) Ut mihi videtur idem etiam liber est qui non poterat aperiri.... Venerat Dei Sapientia, sed in libro clauso utique atque signato. (S. Bernard., *Serm. de Sept. Signac.*)

(2) Liber hic est Christus, quia Christus est hujus libri materia et argumentum. (S. Hilar., *Præfat. in Psalm.*)

(3) Apoc. V, 1.

(4) Ephes. III, 9.

(5) Apoc. V, 9.

(6) Ezech. II, 9.

(7) I Tim. III, 15.

bres de nuestros tiempos? Desdén, desprecio, contradicción. Lo que por sí no alcanza la razón, abandonada á sí misma y á sus desvaríos, hijos de la pasión que la tiraniza, cuando se proclama soberana é independiente, lo que la razón no les muestra en su mezquino círculo de verdad, ó en su soñado espacio de ficciones y sistemas, estos hombres no lo admiten, lo niegan, lo rechazan. Por ello, queriendo medir á Jesucristo, y mirándole al través de ese vidrio que todo lo empequeñece á proporción de él mismo, le tienen por puro hombre, cuando más por sábio filósofo, á lo sumo por un fenómeno histórico, en quien suponen contradicción; tal vez por un mito. Los que de tal instrumento óptico se valen para formar en su interior la imagen del grande objeto, ¿le sentirán dentro de sí como él es, y percibirán la poderosa influencia de su espíritu y de su gracia? Jesucristo mismo lo dijo hablando á su Padre: Gracias, Padre mío, porque escondiste estas cosas á los que blasonan de sábios y prudentes, y las has revelado á los pequeños y sencillos de corazón (1).

Al recibir Ezequiel y San Juan el libro misterioso, les dice la voz del cielo: «Toma y come, devora ese libro para llenarte de su sustancia.» (2) Es decir, Señores, que el conocimiento de Jesucristo se adquiere por la aplicación constante del entendimiento y del corazón á profundizar en esta ciencia, convirtiendo, por así decirlo, en sustancia propia el espíritu de Jesucristo, mediante la oración, la meditación y el estudio de la Religión. ¿Veis á muchos aplicar estos medios para conseguir el fin? ¿Qué estudio se hace de la Religión, que toda se re-

(1) Matth. XI, 25.

(2) Ezech. III, 1.—Apoc. X, 9.

fiere, y es la explicacion del gran misterio de Jesucristo? En la infancia se aprende el pequeño Catecismo, la escritura exterior del libro que se da al niño, porque no es capaz todavía de penetrar el sentido de la interior. Llegada la edad en que este estudio debiera hacerse, se abandona enteramente. Créese el hombre rebajado si se ve en sus manos la explicacion del Catecismo. Créese dispensado de saber más; se juzga ya demasiado sábio en Religion con lo que aprendió sobre las rodillas de tierna madre, ó en los bancos de escuela primaria, y que tal vez ha olvidado en su mayor parte: tiene por indigno del hombre el descender á este estudio. Es propio de niños, se dice; mayores cosas me llaman y me convienen.

¡Ah, Señores! ¡Impropio de la edad madura el estudio de Dios y de Jesucristo, del hombre y de su último fin! ¡Indigno del hombre el estudio de la ciencia, que da solucion á todas las grandes cuestiones que desde el principio del mundo han ocupado á las mas ilustres inteligencias! Se estudian, sí, estas cuestiones; se busca su solucion; pero en sistemas filosóficos, lejos de Jesucristo, y haciendo abstraccion de él; más aún, buscando una solucion que contradiga á la solucion de Jesucristo, prefiriendo la duda, la incertidumbre, la utopia, á la nocion clara y precisa que nos da el Hombre-Dios. ¡Indigno del hombre el estudio del gran modelo, y la práctica de lo que conduce á trasladar á nosotros sus rasgos principales! ¿Qué hay, pues, digno del hombre, si esto es indigno de él?

¿En qué ocupan su espíritu la mayor parte de los hombres? En cosas vanas é inútiles, que dejan vacío el corazon; en el pasatiempo, la diversion y la disipacion continua, siempre fuera de sí mismos, sin hacer reflexion sobre su principio y su fin; en la vida de la mate-

ria, nunca en la vida del espíritu. El hombre animal y el hombre mundano son una misma cosa: ni el uno ni el otro, dice San Pablo, saben ni pueden conocer las cosas de Dios (1). Ni uno ni otro conocen á Jesucristo. Se convierten á las fábulas, buscan y escuchan á maestros que halagan al oido, y lo cierran á la voz de la verdad para no ver turbada la falsa paz de sus conciencias (2). No quieren entender, para no verse precisados á obrar bien (3). Y gracias, hermanos, que en la edad primera se aprendiera á Jesucristo y los lineamentos exteriores de su nobilísima figura; porque hasta esto quiere impedirse, arrancando la educacion de las manos de la Iglesia. Gracias que este boceto no se haya borrado enteramente; gracias, en fin, que se conserve en el espíritu y en el corazon el recuerdo de Jesucristo, que un dia pueda despertarse y llamarlos á sí mismos, como deseaba el Profeta cuando decia: Nécios, entended alguna vez (4); volved, prevaricadores, al corazon, alimentando esa débil centella oculta en las cenizas (5).

El libro misterioso, en fin, comido por el Profeta y por el Apóstol Evangelista, dulce en su boca, llenó de amargura sus entrañas (6). Figura tambien es esto del efecto que el conocimiento de Jesucristo produce en los que á él se dedican, como comiendo este libro. Dulce, porque descubre al alma los tesoros del amor divino, y la inunda de las delicias de su tiernísima misericordia; se hace amargo á las entrañas, á la carne, á la sensuali-

(1) I Cor. II, 14.

(2) II Timoth. IV, 4.

(3) Psalm. XXXV, 4.

(4) Id. XCIII, 8.

(5) Isai. XLVI, 8.

(6) Ezech. III, 3.—Apoc. X, 10.

dad, porque exige el sacrificio, y mezcla el absintio con la miel deseada de los placeres. Y esto explica tambien por qué son tantos los que ignoran á Jesucristo, los que temen y resisten conocerle, rodeándose de mil pretextos para que no se les descubra. Saben que conocido Jesucristo, es inexcusable la vida inmortificada y sensual; es consiguiente abrazarse con la Cruz, y modelar la conducta en las severas máximas del Evangelio. Saben que hecho manifiesto al alma Jesucristo, lo atrae todo hácia sí (1), y que esta atraccion misteriosa separa al hombre de los ídolos que se formara su corazon, y no tienen valor para el sacrificio. Admiran, pero temen al amor divino y sus efectos. Como los hebreos á Moisés, quieren ver á Jesucristo al través tan solo de un velo que roba sus resplandores (2), ó piden treguas como el que pidió tiempo para enterrar á su padre antes de seguir á Jesucristo (3), ó se entristecen y acobardan al descubrir el sacrificio que les exige, como el jóven que le preguntó por el camino del cielo (4), ó le abandonan, en fin, como los Cafarnaitas (5), y como los pecadores de quienes habla Job, que bien avenidos con sus pasiones, dicen al Señor: Apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (6). Hé aquí por qué son tan pocos los que se dedican á conocer á fondo á Jesucristo. La vida y la doctrina del Salvador condenan las máximas del mundo, y tienden á destruir el imperio de las tres concupiscencias que reinan en él (7); los hombres, como dijo el

(1) Joann. XII, 32.

(2) Exod. XXXIV, 35.

(3) Matth. VIII, 21.

(4) Id. XIX, 22.

(5) Joann. VI, 67.

(6) Job. XXI, 14.

(7) I Joan. II, 16.

mismo Salvador, aman las tinieblas, no quieren venir á la luz (1), no quieren conocer al que descubriendo á sus ojos la verdad, ha de turbar la paz engañosa que gozan en el amor de las criaturas, y ha de obrar su entera conversion.

¡Lamentable ceguedad! ¡Criminal resistencia! ¡Horrible ingratitud! ¡Desórden espantoso! El hombre que confiesa ser Jesucristo el modelo acabado de santidad, el regenerador del mundo; el hombre que se precia de ser participante de esta regeneracion, y de llamarse cristiano, no quiere detenerse en contemplar á Jesucristo, no quiere mirarle cara á cara, no quiere conocerle, en una palabra, por temor de verse atraido á adorarle, á amarle hasta el sacrificio, á imitarle para aparecer como una copia de su santidad. ¡Gran Dios! ¡Qué misterio de iniquidad! ¡Qué misterio de bajeza y de degradacion! ¡Qué misterio de ingratitud y de monstruosa contradiccion ofrece la conducta de muchos hombres respecto á Jesucristo!

Son inexcusables, hermanos míos. Si yo no hubiese venido, si no les hubiera mostrado quién soy y lo que he hecho, dice Jesucristo, merecerian perdon (2); pero ahora son inexcusables, y atraen sobre sí las fatales consecuencias de su ignorancia voluntaria, ó de su abierta resistencia. El Profeta Oseas decia á los judíos: Ya no hay verdad, ni conocimiento de Dios sobre la tierra, y de aquí proviene que las venganzas, la mentira, el homicidio y el adulterio han inundado el mundo (3). San Pablo decia tambien á los Efesios: No siguen sino la vanidad de sus ideas, su espíritu está lleno de tinieblas,

(1) Joann. III, 19.

(2) Id. XV, 24.

(3) Oseæ IV, 1.

alejado del camino de Dios, sin tener parte en las promesas divinas y sin esperanzas en este mundo, se abandonan á toda clase de impurezas y de avaricia (1). ¿No es esta, Señores, la pintura de la situación actual del mundo? Do quiera que volvamos los ojos, ¿qué vemos sino sistemas opuestos á sistemas, que nacen hoy para morir desacreditados mañana, y siempre y todos, sembrando la duda, el escepticismo que enfria y mata, ó proclamando con cinismo la negacion de Dios para entronizar al hombre? ¿Qué descubrimos sino hombres que jamás miran al cielo, y tan solo en la tierra buscan la soñada felicidad? ¿Qué vemos sino la concupiscencia reinando, el goce del sentido proclamado ley de la humanidad, la corrupcion, la impureza, la disolucion mas espantosa? ¿Qué vemos sino el sórdido interés, al cual todo se sacrifica, y el becerro de oro levantado sobre el altar de la sociedad? ¿Qué vemos sino al hombre enemigo del hombre, que mintiendo al oido la palabra *hermano*, tal vez acecha el momento de clavar el puñal en el corazon? ¿Qué vemos, en fin, sino la glacial indiferencia, y el olvido de cuanto lleva la luz divina al entendimiento, y la paz verdadera al corazon, y en este el tédio, el hastío, la desesperacion que conduce al suicidio? Lo vemos, lo lloramos, y discurremos vanamente sobre las causas y sobre el probable remedio.

La causa, hermanos, es una; el remedio uno tambien. La causa es la ignorancia, el olvido, el desprecio, el ódio á Jesucristo. Sin Jesucristo, nada se explica de un modo preciso y positivo en el órden de las ideas. Él es la verdad; faltando él, prescindiendo de él, no queda mas que la duda y el error. Sin Jesucristo nada se espe-

(1) Ephes. IV, 17.

ra, el hombre nada ve mas allá del sepulcro. No buscando sino la tierra, y viviendo sin esperanza, ni halla bálsamo para sus heridas, ni consuelo en su afliccion; y no temiendo y secando la fuente del remordimiento, se lanza á la carrera en el mal, buscando tan solo engañar ó burlar las prescripciones de la ley humana. Sin Jesucristo, la caridad no existe, el corazon es esencialmente egoista, y el egoista es siempre enemigo de los demás.

En vano se discurre: la causa única del mal que affije á los buenos y triunfa de los pueblos, es la ignorancia, el olvido, el alejamiento de Jesucristo. El remedio no puede ser otro que conocerle, acercarse á él, vivir de su espíritu. El cambio que, en cuanto fué predicado y conocido Jesucristo, se obró en el mundo, tanto en el órden de las ideas como en el de las costumbres, en la vida del individuo y en la de la sociedad, nos descubre el que puede obrar y obrará infaliblemente, si otra vez buscamos, llamamos y estudiamos á Jesucristo. No está lejos; no se ha ausentado aún del todo de entre nosotros; todavía nos convida, nos llama, y nos apremia. Su Religion, su fe, su doctrina, sus Sacramentos, su culto, todo es nuestro todavía. El remedio, pues, está á nuestra disposicion. Apliquémosle, hermanos, y el resultado será infalible. Estudiemos á Jesucristo, acerquémonos á él, amémosle, vivamos de su espíritu, y él, no ya pasando como en la Judea, sino permaneciendo y habitando con nosotros, como prometió hacerlo hasta la consumacion del siglo (1), derramará bienes en abundancia; y á quien admirando su obra, pregunte: «¿Eres tú el que habia de venir, ó esperamos á otro?» responderá como entonces: «Id, y contad lo que habeis visto y oido: los

(1) Matth. XXVIII, 20.

sordos oyen, los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados (1); porque he venido para que todos tengan vida, y vida mas abundante (2).»

Daros á conocer á Jesucristo: ved, Señores, lo que vengo á hacer en estos dias. Quiera Dios que logre mi deseo. Haced, oh mi Jesus, que yo no interrumpa jamás mi estudio acerca de Vos, que toda mi ocupacion sea conoceros y hacer que os conozca el mundo, ese mundo que no os conoce, y que es enemigo de vuestro nombre, de vuestra doctrina, de vuestra Iglesia y de vuestros miembros. Que os conozcan los pecadores como el único en quien pueden encontrar la remision de sus pecados, su reconciliacion con Dios, la santificacion de su alma, y su salvacion. Que os conozcan los justos como al autor y principio de toda justicia, y como el fundamento y el sublime objeto de toda su devocion. Que os conozca el mundo todo como á su luz, como á verdad, camino y vida del género humano, como el alpha y omega (3), como la solucion de toda duda, el modelo de toda virtud, y la fuente de toda gracia, para que á imitacion del Apóstol no nos gloriemos de saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (4). Esta ciencia será nuestra luz, nuestra esperanza, nuestra fortaleza en medio de nuestra miseria, nuestra paz en medio de la lucha, nuestro consuelo en medio de las penas, nuestra confianza en medio del abatimiento, nuestra victoria en los combates, nuestro remedio contra todos los males, nuestro refugio en la muerte, y el principio de nuestra eterna salvacion.

(1) Matth. XI, 8.

(2) Joann. X, 10.

(3) Apoc. I, 8.

(4) I Cor. II, 2.

SEGUNDO SERMON.

Jesucristo en el seno del Padre, Verbo de Dios,
Criador de todas las cosas.

*In principio erat Verbum.....
et Deus erat Verbum.*

(Joann. I, 1.)

CONOCER á Jesucristo, os decia ayer, Señores, es un deber del hombre, y sobre todo del cristiano; es la ciencia que sobre cuanto hay en el mundo amaba San Pablo, poniendo en ella todos sus títulos de gloria, y que difundia por todo el orbe, cumpliendo la mision que le confiara Jesucristo, enviándole á llevar su nombre delante de las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel (1). Es la ciencia que predicaba á todos los pueblos, aunque fuese un escándalo para los judíos, y una locura para los gentiles (2). Ella es el misterio de amor en que descubria la virtud, la fortaleza y la sabiduría de Dios (3), el tesoro inagotable de donde sacaba los argumentos necesarios para convertir á los idólatras, para confirmar á los

(1) Act. IX, 15.

(2) I Cor. I, 23.

(3) Id. id., 24.